

Estambul

(Octubre, 2008)

“¿Cómo escribir sobre Constantinopla si todo ha sido dicho? se lamentaba, no sin razón, a mediados del siglo XIX, uno de los autores románticos adeptos al sistema de l'éducation par le voyage”. Así comienza Juan Goytisolo su “Estambul Otomano”, el libro que leí poco antes de viajar a Estambul durante la Semana Santa de 2004. Y añade que solo entre 1501 y 1551 se publicaron 901 libros sobre la ciudad. En Estambul el paisaje es historia y la historia es paisaje. “Conozco solo dos ciudades” dijo Pilar sentada en el puente del trasbordador que nos traía de Bursa, “cuyo perfil desde el mar sea tan definitorio: una es Nueva York y la otra ésta”.

Había venido por vez primera a Estambul en un crucero con sus padres cuando solo tenía quince años y de aquel viaje recordaba la luz del Bósforo, los cambiantes tonos de la piedra de Santa Sofía y una densa humareda con olor a fritanga y a especias elevándose junto al puente de Gálata al caer la tarde.

Regresó pasados otros quince años, con C., su compañero de entonces, y fue un viaje accidentado. Formaban parte de

un grupo de seis u ocho personas organizado por una agencia de viajes alternativos y durante tres semanas recorrieron Turquía, Armenia y el Kurdistán. En el control del embarque de regreso, la policía le descubrió unos panfletos kurdos en la maleta. La retuvieron, forcejeó, a duras penas logró entrar en el avión. Nada más ocupar su asiento vinieron dos policías a sacarla. Entonces intervino el capitán. “Era un vuelo de Lufthansa” dijo “El capitán les gritó que estaban en territorio alemán, les obligó a salir y cerró las puertas. Despegamos. En cuanto alcanzamos la altitud de crucero el capitán salió de la cabina, nos invitó a una botella de champán y brindó con nosotros. Nunca supe como se llamaba ni por qué lo hizo. Pero me libró de una buena”.

De aquél viaje rememoraba, sobre todo, la Capadocia, el baile de los derviches en Konia, el perfil del Monte Ararat en la lejanía: “De Estambul recuerdo los baños, las mezquitas que dan al Cuerno de Oro, el museo de Tokapi, el hotel ETAP. Debimos suponer que nos vigilaban porque al regresar la noche anterior encontramos un par de habitaciones revueltas y el conserje, muy nervioso, no atinaba a explicarse. La situación política era entonces muy tensa, especialmente en el Kurdistán. Pero éramos jóvenes e inexpertos. De todos modos, fue un viaje estupendo, uno de los mejores que he

hecho. Ah, y también recuerdo los baños en Galatasarai con aquellas gordas matronas que te daban una paliza, y los traguitos de raki y las pipas de agua en la zona de los artesanos tras el gran bazar”.

El tercer viaje lo hizo con C., cuando su relación ya estaba muy tocada, y con A., su hermana, que se lo pasó quejándose de un ojo de gallo en un pié y sacándose y poniéndose las sandalias. Fueron de Estambul a Esmirna y de allí, en coche, hasta la costa mediterránea, a Bodrum y Bosborum. “Un paraíso. Pueblitos de pescadores. Pensiones familiares. El Buyuk Londra Hotel, una antigua mansión otomana de madera venida a menos. Playas vírgenes de aguas cristalinas con ruinas griegas y romanas en los fondos. Sin turistas”. Con tono melancólico añadió: “Ya no es así. Unos amigos estuvieron el año pasado y dicen que está todo muy masificado”. De Estambul en aquél viaje recuerda sobre todo el Pandeli. “Tenemos que ir” exclamó sonriente. Y luego, mientras los altavoces del avión anunciaban el descenso hacia el aeropuerto: “Este es mi cuarto viaje a Estambul y el primero con un único compañero”.

Miré por la ventanilla. Eran más de la ocho y sobre las negras aguas del mar de Mármara tachonadas de lucecitas brillaba

una gran luna amarilla, casi llena. “Mira” le dije, pues sé bien que aterrizar la pone muy nerviosa “Nuestro comité de recepción. Ahí esta: toda para nosotros”.

El barco que hacía el trayecto desde Eminonu hasta Anadolu Kavagi, en la desembocadura del mar Negro, iba lleno de ingleses, franceses, italianos y españoles. Pese al cansancio (habíamos llegado muy tarde al hotel, nos dieron una habitación pequeña y oscura, y me pasé dos horas en la recepción hasta que conseguí cambiarla) la sensación de navegar por un estrecho mítico, frontera entre Europa y Asia, nos mantuvo atentos, presas incluso de una suave euforia.

Nada más desembarcar iniciamos la subida al monte Hieron por una calle formada por dos hileras de casitas bajas. Una mujer tendía ropa en una ventana. Al oírnos llegar se tapó la cara con los visillos y solo pudimos verle las manos. Unas manos de dedos largos, huesudos, que se movían con rapidez y precisión. Gran parte de la colina donde se asienta el fuerte es zona militar y feos bloques de cemento visto se alternaban con ruinas bizantinas de mortero y argamasa. Me emocionó pensar que aquí estuvo la última colonia, el límite oriental de la civilización griega, con su altar de los doce

dioses y el templo de Zeus que Justiniano ordenó demoler para edificar una iglesia.

Cuando entramos en el fuerte lucía el sol, soplabla una brisa racheada y bandadas de gaviotas se dejaban caer desde los farallones hasta las rizadas aguas del estrecho y levantaban el vuelo poco después (una antigua leyenda sostiene que son las almas de fieles islámicos condenados a volar del acantilado al agua y del agua al acantilado sin descanso). Abajo, ante nosotros, inmenso, se extendía el Ponto Euxino cuya entrada guardaban las dos rocas a las que Jasón hubo de engañar para cruzar sano y salvo pero por más que las busqué no dí con ellas. Me dije que tal vez se ocultaban bajo el agua durante el día y esperaban la llegada del atardecer para emerger y provocar sus temidos desastres. Al gran número de barcos de todos los tamaños y banderas que cruzaban el estrecho en ambas direcciones el asunto no parecía preocuparles.

Cada kilómetro de los treinta y dos del estrecho está salpicado de leyendas, lugares históricos, mansiones célebres, pueblitos pintorescos, calas recoletas y embarcaderos escondidos. Paradojas de la historia: el castillo de Methmet II fue edificado frente a Anatoli Izar, donde mil

novecientos años antes Darío, rey de los persas, armó el puente de barcas por donde cruzó el primer gran ejército que invadió Grecia. Grecia y Persia. Bizancio y los turcos. El oriente de Occidente y el occidente de Oriente. Sentí el impulso de escribir un poema al estilo de Kavafis pero, prudentemente, lo dejé pasar.

Desembarcamos en Cengelköy, paseamos sus calles empedradas, contemplamos las ruinas del templo griego, nos sentamos en una terraza frente al estrecho y comimos un menú magnífico donde el pepino, el yogur, el perejil y el pescado fueron los protagonistas. Variaciones sobre un mismo tema, comunidad de sabores. El mismo mar, la misma agricultura, el mismo aceite, los mismos condimentos. Pocas cosas unen más que esto. Volvimos a embarcar y, efecto de la comida y del suave balanceo, llegamos a Eminonu soñolientos y relajados. Desembarcamos, cruzamos el puente de Gálata, contemplamos las dos largas hileras de pescadores (¿los mismos de esta mañana?) a ambos lados, subimos en el funicular hasta Tünel, y bajamos luego buscando la torre.

Gálata me impresionó por su decadencia. Las calles, de pendientes muy pronunciadas, sucias y polvorientas; los

negocios atendidos por hombres. Se veían pocas mujeres, la mayoría extranjeras. Cuatro hombres discutían por un martillo con un viejo ferretero. Cinco obreros observaban como un sexto clavaba una escarpia en el marco de una ventana. Solo unas pocas casas estaban rehabilitadas. Algunos pequeños comercios y unos cuantos cafés modernos semejaban islas de esperanza en un mar de desolación.

Justiniano ordenó edificar la primera torre de Gálata. En 1348 la reconstruyeron los genoveses allí asentados. En 1446 se le añadió un piso. Se dice que en el siglo XVIII, Hezarfen Ahmet Celebi, científico y astrólogo, se fabricó unas alas y se lanzó desde lo alto, logrando sobrevolar el Bósforo. Durante el periodo otomano fue cárcel y punto de vigía contra incendios. En la actualidad tiene nueve pisos y alberga un restaurante y un cabaret en los dos últimos. Las vistas desde la terraza me parecieron inigualables. Me pregunté qué habría visto Methmet II, el conquistador, en 1453 desde allí arriba. ¿Una ciudad antaño poderosa y ahora arruinada por la peste y la guerra? ¿Un símbolo que el occidente cristiano no se había atrevido a sostener? ¿Una muralla que durante mil años lo había resistido todo pero que él supo como derribar? A la izquierda Usküdar, la parte asiática de la ciudad, mostraba edificios altos, dos grandes astilleros y un puerto de carga.

Frente a nosotros, el casco histórico de la zona europea había desbordado hacía décadas sus antiguos límites, la costa de Mármara por un lado y las “aguas dulces de Europa” por otro. Pilar preguntó cómo veía la ciudad y yo respondí que, por el momento, más bien gris, un tanto mostrenca y bastante sucia. Contestó que había que verla en verano, iluminada por las declinantes luces rojas del atardecer, pero enseguida admitió que podía provocar reacciones encontradas. “M. y N. vinieron en diciembre y no les hables de volver. Sin embargo, Iñaki Zaldumbide estuvo en agosto y se quedó prendado. ¿Recuerdas el cuadro colgado sobre mi cama en Bilbao? Lo pintó entonces.”

Nos dio rabia haber subido demasiado pronto para contemplar la puesta de sol sobre el Cuerno de Oro. En Tünel tomamos el tranvía hasta Taksin y desde allí retrocedimos a lo largo de la Istiqlal Cadessi, la espina dorsal de Pera, abarrotada por un gentío entre el que los tranvías circulaban muy despacio haciendo sonar sus campanas. Un sonido que me recordó el de la maquinilla de Arturo Soria cuando la Ciudad Lineal era un barrio de las afueras, una zona de casitas bajas con jardín y pinos altos, lugar de veraneos de posguerra en el Madrid de mi infancia. Las calles laterales estaban llenas de terrazas con hombres jugando al dominó y

al backgamon. Vimos enormes pastelerías, tiendas de moda, limpiabotas con sus grandes cajas de madera y herrajes, carritos con rosquillas y helados, peluquerías con las toallas puestas a secar a la calle. Y gente, mucha gente. Jóvenes sobre todo. Ellos vestidos a la occidental. Ellas en su mayoría también, aunque Pilar notó mayor presencia de velos y burkas que en su anterior viaje. Turquía, me dije, es un país de jóvenes.

Llegamos hasta el consulado británico (estaba rodeado de alambradas y sacos terreros a consecuencia de los últimos atentados) y seguimos hasta el hotel Londres donde, imponente porte y además mayestático, nos atendió un camarero vestido con frac que sufría de pies planos. Durante media hora sorbimos nuestras bebidas en un ambiente de decadencia infinita, rodeados por una inolvidable colección de lámparas art déco, cómodas fin de siècle, artesonados dieciochescos, estufas y samovares rusos, cortinones estilo imperio, jaulas de pájaros chinas, y mesas y sillas de inclasificable procedencia, todo ello el fondo rojo sangre de la más pringosa moqueta que hubiéramos visto hasta entonces.

Cenamos en un restaurante de la Istiqlal a cuya entrada dos voluminosas mujeres, blancas de harina, amasaban enorme

panes de espinaca a la vista de todos. Pilar evocó a las matronas de Galatasarai y yo aproveché para confesarle mi escaso interés por los baños. De esa cena recuerdo la dolma con yogur, que me gustó mucho. Al salir quise buscar una atractiva pastelería que habíamos al pasar, fascinado por los nombres de algunos dulces típicos (“ombligo de mujer”, “dedos de visir”, “labios de bella”) pero no la encontramos. Volvimos a Tünel, encontramos cerrada la estación y bajamos caminando hasta el puente de Gálata. La luna, velada por delgadas nubes, iluminaba a penas el Cuerno de Oro. Pilar rememoró las barcazas-restaurante que había conocido en anteriores viajes y las comparó con las actuales. “Nada que ver” dijo “Todo está mejor, hay más luz y parece más limpio”. Su tono dejó entrever un suave deje de melancolía.

Santa Sofía, el gran templo a la Sabiduría Divina, mostrenca por fuera e inolvidable por dentro, nos recibió con el ábside semioculto por un andamio con ascensor y una escalera de catorce pisos. Un cartel indicaba que los trabajos habían comenzado dos años antes y todavía tomarían otro más. Leí en la guía que Justiniano exclamó “Salomón te vencí” al verla acabada. Recorriéndola, observando los mosaicos bizantinos y las caligrafías otomanas, Pilar y yo especulamos sobre espacio y poder, sobre teocracia y sobre-representación,

sobre el sentido y el uso de la religión, sobre el carácter pedagógico de la iconografía. Frente a ella, al otro lado de la plaza, la Mezquita Azul, doce siglos posterior y la mitad de alta, me pareció más grácil, más aérea, con más alminares y ventanas. Maravillosos, sus azulejos blancos, verdes y azules proclamaban sin tapujos la influencia persa.

Salimos, entramos en dos tiendas de alfombras y soportamos dos versiones de la misma ceremonia de venta (degustación de té incluida) pero no compramos. Pilar me llevó luego hasta el hotel Kybele, pequeño, familiar, de muy buen gusto, donde ella se había alojado durante uno de sus viajes, y de ahí al Gran Bazar que le defraudó un tanto. “No sé” dijo “Lo veo más organizado, más limpio, con menos artesanía y más productos de serie... Es como si le faltara algo”. Emociona pensar que fue aquí donde a finales del siglo XIX Leon Antoine Gallan compró una colección de monedas antiguas y un viejo libro titulado “Quitab alf leila wa leila” que él tradujo como “Las mil y una noches”. Comimos en el bazar y después nos dejamos ir, casi sin rumbo, por los alrededores de la torre de Bayazit y al mercado de las especies. Por fin bajamos al muelle y tomamos el barco de Usküdar. Eran las cinco y media y mucha gente (hombres en su gran mayoría)

abandonaba sus trabajos en el centro y regresaba a los barrios-dormitorio de la parte asiática.

Nuestros vecinos de asiento eran jóvenes, vestían a la occidental y les apetecía charlar. “Casi todos los turcos hablamos inglés” afirmó el más corpulento, consciente de que exageraba. Al saber que yo era de Madrid le asombró que no hubiera visto el partido de la noche anterior, me informó que el Real empezó marcando y acabó eliminado por tres tantos a uno, y no me creyó cuando le expliqué que había preferido patear su estupenda ciudad a ver el partido: decidió culpar a la fatiga y al sueño. Su compañero tocaba en un conjunto de música popular; el año anterior había estado en Jaca y tres meses antes en Bruselas. “Es posible que dentro de poco volvamos a España y eso me gusta” aseguró. Pero su expresión era triste y parecía inquieto por algo. Poco antes de atracar se despidieron a toda prisa y subieron corriendo al puente para salir de los primeros. Supuse que les esperaban un largo trayecto y una o dos conexiones de autobús antes de llegar a su destino. A nuestra espalda viajaba otro joven, más o menos de la misma edad. Vestía una túnica larga de paño gris, llevaba barba y bonete y lucía un pequeño chichón violáceo en la frente. “Probablemente un fundamentalista” murmuró Pilar. Yo no respondí y ella me hizo notar que había

pocas mujeres en el barco y todas llevaban la cabeza cubierta.

Desde el paseo marítimo de Usküdar disfrutamos la puesta de sol allí donde el Bósforo se abre al mar de Mármara. La brisa era fresca y soplabla con fuerza. Por el cielo corrían gruesas nubes plumizas que filtraban una luz de color gris mostaza. “Vistos desde aquí” dijo Pilar “en uno de esos largos atardeceres de junio sin brisa y sin nubes, los tonos de Sultanahmet son inimitables”. Durante el viaje de regreso contemplé largo rato los perfiles de Gálata y Pera y pensé que el “oriental exotismo” de Estambul había sido, en gran medida, una exageración de literatos europeos. Hasta ese momento yo no había encontrado nada “exótico” u “oriental” en ella. La ciudad tenía bellos edificios y barrios atractivos, monumentos imponentes y lugares deliciosos. Y, por supuesto, el Bósforo. Pero no acababa de dar con la trama que los unía. Probablemente era culpa mía, pero me faltaba algo y no sabía qué. Ni siquiera sabía si ese algo existía. Aunque sí sabía que me gustaría que existiese.

Tokapi. Ciudad dentro de la ciudad. Más que palacio un universo en sí mismo. Espacio y ámbito para dos cortes: la externa, dedicada a la administración del imperio, la que

veían embajadores y visires, y se imaginaba el pueblo; y el harem, reservado, hermético (y, por tanto, proclive a la leyenda), dedicado a la reproducción del linaje y donde la madre del sultán – y, ocasionalmente, el jefe de los eunucos – gobernaba un mundo de favoritas, concubinas, sirvientes y guardas. La primera corte se fue poco a poco occidentalizando. La segunda resistió, aunque menguante por motivos económicos – los cinco últimos sultanes no residieron en Tokapi sino en el más “modesto” palacio de Dolmabache, a orillas del Bósforo- hasta su completa abolición por los “jóvenes turcos”. Nada más salir, me apresuré a anotar detalles y ambientes: las diez chimeneas y la colección de porcelanas chinas y japonesas de las cocinas; los naranjos y cipreses que rodean la biblioteca de Ahmet III; los dos candelabros de oro y diamantes de la sala del tesoro; la suave penumbra de los pasillos del harén; la ventanales azules y verdes de las habitaciones del príncipe heredero; los cuadros del pintor holandés - cuyo nombre no soy capaz de recordar - que a finales del XVIII retrató la corte otomana y la revolución subsecuente que destronó al sultán; el mirador sobre Mármara; las vías del ferrocarril que discurren bajo las murallas afeando el conjunto. Detalles para poder evocar, frágiles asideros contra el olvido.

Y a continuación el Pandelli, que comenzó como una modesta casa de comidas para los comerciantes del bazar de las especias (desde uno de sus comedores se puede vigilar el movimiento del embarcadero de Eminonu y desde el otro, defendido por una reja, la avenida principal del bazar) y acabó como cita obligada de celebridades, muchas de las cuales (Merle Oberon, Jackie Kennedy...) dejaron su foto dedicada en las paredes. No vimos ninguna posterior a los años setenta y dedujimos que el famoseo de las tres últimas décadas había buscado otros lugares donde mostrarse. Al final, no supe qué me gusta más, si el atuendo y porte de los camareros (pantalón oscuro, chaquetilla blanca y pajarita) a quienes se les notaba orgullosos de trabajar en un sitio así, o el kebab con berenjenas que nos sirvieron. Confieso que ni siquiera aquí fui capaz de terminarme un café turco.

Paseamos la comida por el mercado y sus alrededores. Observamos a la gente que ocupa, se sienta, circula, negocia o se asoma a la plaza de Solimán el Magnífico, todo un reto para el ojo del fotógrafo y la pluma del periodista. Imposible olvidar a los costaleros – algunos de avanzada edad – que se alquilan en esa plaza; a los aguadores que la pueblan con sus llamadas y atuendos, a los limpiabotas cuyas altas cajas repujadas deslumbran con el brillo del arte.

Subimos luego en tranvía hasta la explanada de Santa Sofía y caminamos en torno al Hipódromo, un espacio para la diversión, la política y las matanzas en masa. Turba pensar que en 590 Belisario ordenó ejecutar aquí a 40.000 adversarios de Justiniano y que también aquí, a comienzos de siglo XIX, Mahmud II ordenó ejecutar a 30.000 jenízaros rebeldes. Sorprende que junto a espacio tan trágico, las casitas de madera pintada que adornan los laterales de la Mezquita Azul sean de atrezzo.

Continuamos hasta la segunda tienda de alfombras mientras el muecín desgranaba la oración de las cinco. “Cuando era más joven” comentó Pilar “escucharlo me parecía exótico; ahora me hace menos gracia”. Inevitable, me digo, tras la tragedia del 11-S y la muy reciente del 13-M. Compramos la alfombra y nos demoramos en la zona aledaña: tienditas de recuerdos, hostales y pensiones, agencias de viajes, cafés, el hotel Four Seasons... Un barrio residencial, confortable, muy europeo salvo, tal vez, por la basura sin recoger, los baches, la gran cantidad de gatos sueltos, la maquinilla de hervir el alquitrán, las palas y los rastrillos, la vetusta indumentaria de los operarios de las obras públicas.

Volvemos al puente, cruzamos a Gálata, buscamos la tienda de un sefardí que nos recomendó un amigo y damos con ella pero está cerrada. Lástima porque nos hubiera gustado hablar con él, escuchar el ladino, tal como pudimos oírlo, siquiera brevemente, en un par de platerías del Gran Bazar. Los sefardíes, ese forzado exilio del que, por pudor, tan poco se habla en España, nos recuerdan que el Estambul otomano no fue solo el comienzo del “oriente exótico” sino también una ciudad de acogida para muchos expulsados por los distintos fanatismos cristianos que a lo largo de los siglos azotaron Europa.

La elevada proporción de turistas nos recordó que ya era Jueves Santo. Y el gran número de jugadores callejeros la pasión de los estambulíes por el backgamon. Entramos en una librería. Había pocos libros en idiomas distintos al turco, la mayoría en inglés y unos cuantos en alemán. Compré un libro de poemas de Rumi y un CD de música sufí para mis hijos. Nos llamaron la atención dos libros de fotógrafos turcos: uno (“Estambul perdido”) con fotos en blanco y negro del Estambul de los años cuarenta y cincuenta; en el otro, que trata de capturar colores, tonos y matices de la ciudad y sus barrios, una gran una foto a doble página muestra sin necesidad de texto alguno por qué se llama así el “Cuerno de

Oro". Tiempo después, leyendo el "Estambul" de Orhan Pamuk, me encontré de nuevo con el primero de esos libros y supe que su autor, Ara Güler, es considerado el mejor fotógrafo estambulense de la época.

Cenamos en un restaurante barato (incluso ahí la comida resultó más que aceptable) y rematamos la jornada en el Hotel Pera Palace que desde lejos se mostró como un edificio singular, blanco y muy iluminado. Asomado a medias sobre el Cuerno de Oro, edificado para los pasajeros del Oriente Express, una placa dorada recuerda en el vestíbulo los nombres de sus huéspedes famosos: de Mata Hari a Valéry Giscard d'Estaing, de Vittorio Emanuele III a León Trotski. Solo dos son españoles: Antonio Gala y Julio Iglesias. Todo en el Pera (el vestíbulo, la confitería, el comedor, la biblioteca, el bar, los lavabos...) es original y único, Agatha Christie y algunos de sus personajes pueden aparecer en cualquier momento. Retroceso en el tiempo y el espacio, apoteosis del interiorismo de comienzos del XX, el Pera incita a conversar, a cenar, a conspirar, a jugar, a soñar, a escribir. Me pregunto cuánto durará como es, cuánto tardará en adquirirlo una cadena norteamericana para hacer de él, como del Imperial de Delhi, el Oriental de Bangkok o el Raffles de Singapur, una fría y desmedulada copia de sí mismo.

El viernes arrancamos en la plaza de Taksin (medio levantada por las obras de un túnel que unirá el embarcadero de Kabatas con la estación del metro) y desde allí bajamos caminando hacia Dolmabache. Para entrar al Hotel Intercontinental tuvimos que pasar bajo un detector de metales. Caminamos la avenida Cumhuriyet, giramos por Valikonagi. Altos edificios de oficinas, arquitectura de sucesivas y nunca consolidadas modernidades, cristal y cemento, el Hotel Hilton, un tráfico ruidoso e intenso... Solo el Museo Militar recordaba la Historia y era una Historia muy reciente comenzada a partir de la República turca. Bajamos por un parque y una avenida que nos llevó al gran estadio de fútbol bordeando la torre de acero y cristal del hotel Ritz-Carlton. ¡Qué efecto producía esta torre vista desde los jardines del Palacio: orgullo de capitalismo triunfante dominando a la decadencia otomana! Atatürk murió en Dolmabache y aquí se conserva su cama, pero la belleza de del palacio no se aprecia tanto desde dentro como contemplando sus fachadas y terrazas desde las aguas del Bósforo. Mientras esperábamos a entrar en el harem, Pilar me leyó una frase de Borges referida al Gran Bazar y yo sentí que se podía aplicar al palacio, a las mezquitas, a la ciudad

entera: “Estuviste aquí antes de entrar y cuando salgas no sabrás que te quedas”.

Regresamos a Taskim en un colectivo, comimos una buena lubina en un restaurante de la Istiqlal y bajamos andando hasta la antigua estación de ferrocarril para asistir a una danza de derviches. Cruzando el puente de Gálata imaginé un cuento que era una variación no demasiado original de otro que yo recordé donde había leído: un pescador pesca un pez en cuyo vientre hay un anillo con un piedra; feliz, se lo lleva a su esposa, ésta se asusta por lo que ve reflejada en la piedra, que es roja como la sangre y le obliga a tirarla de nuevo al agua. El hermano del pescador, enterado de lo sucedido, trata de rescatar el anillo y pese a ser un excelente nadador y conocer bien esas aguas, se ahoga en el intento. Rota por el dolor y sintiéndose responsable, la esposa le explica al pescador lo que vio reflejado en la piedra y también que solo ahora comprende que lo confundió con su hermano. Tentado estuve de contárselo a Pilar pero me contuve. Siempre me pareció descortés el torturar al prójimo con tus desvaríos, sobre todo si vive contigo.

El espectáculo de la estación no fue malo ni bueno: simplemente estaba pensado para turistas (aunque había

bastantes turcos) y, en consecuencia, nada tenía que ver con los giróvagos que Gautier describió durante su visita al convento de Pera (“nadadores confiados que se dejan arrastrar por el río del éxtasis...el vuelo de un enjambre de espíritus celestes o grandes pájaros místicos abatiéndose al suelo”) o con los que Pilar vio en Konia durante su primer viaje. Regresamos al hotel decepcionados solo para averiguar que esa tarde habían estallado un par de petardos de escasa potencia en dos hoteles cercanos al nuestro. Más allá de que en la calle se respiraba un clima expectante y que había coches de policía en las esquinas, la vida seguía como si tal cosa.

En el pequeño autobús que a la mañana siguiente nos llevó al puerto de Usküdar, el guía nos regaló varias de sus particulares visiones: sobre el Cuerno de Oro cuyo nombre, según él, provenía de que en su fondo hay un tesoro inmenso que espera ser encontrado; sobre la evolución demográfica de la ciudad cuya población se duplicó tras la construcción del puente Atatürk (a mediados de los setenta); volvió a duplicarse tras la guerra kurda y la construcción del puente Faith (a mediados de los ochenta); llegó a los quince millones a finales de los noventa y desde entonces ha bajado a doce millones por efecto de la crisis económica (este año se

espera una inflación del 10%) y del miedo a un “gran terremoto” que la mayor parte de la gente lleva tiempo esperando; y sobre la entrada de Turquía en la Unión Europea.

“Muchos europeos no nos quieren dentro” explicó. “En Turquía los tradicionalistas ven a la UE como un club cristiano. Por su parte, los modernos creen que será muy difícil entrar, básicamente por razones económicas y demográficas. Y muchos, lo digan o no, siguen soñando con una gran Turquía que englobe a los distintos pueblos de origen turco y vaya desde el Bósforo hasta Turkmenistán”.

Bursa, la ciudad verde. Los olivos que bordean la carretera. La fábrica de FIAT. Las empresas de carrozado. Bursa: una ciudad provinciana, sin la monumentalidad de Estambul pero con una bella historia de la Mezquita Central para quien quisiera escucharla. Un sultán prometió edificar veinte mezquitas si tomaba una ciudad que se le resistía. Cuando por fin la tomó su visir le propuso construir una sola mezquita con veinte cúpulas. “Será más rápido y más barato” argumentó. El sultán aceptó. Se compraron los terrenos. La parcela central pertenecía a una viuda que se resistía y fue forzada a vender. Al saberlo el arquitecto, cercó la parcela,

puso una fuente en el centro y construyó una cúpula abierta encima. Por eso es la única mezquita con una fuente en su interior.

Bursa: un nombre en mi memoria. Como Usküdar, como Davuspatra, como Samandra. Nombres ligados a la larga noche de la dictadura militar, a campos de detención e internamiento. Siniestros nombres, ya casi olvidados. Trágicos eslabones en la pesada cadena del horror y la infamia. Bursa: sábado por la tarde, el bazar, el mercado de la seda, tan occidentalizado o más que en Estambul. Bursa: más calor, más niños vendiendo caramelos y limpiando zapatos, más mujeres tapadas. En la Mezquita Verde (bellísima) los espacios están perfectamente delimitados: para el sultán, los nobles, las mujeres, los ricos, los pobres... Bursa. El viento fresco y seco, las montañas cercanas, las estaciones de esquí. Bursa.

Empleamos la mañana del domingo en la Mezquita de Rustan Paça (la más hermosa de las que visitamos), en Suleimaniye (edificada para mostrar poder, y dar réplica a Santa Sofía, y que lo logra), en la Cariye Cami (con sus espléndidos frescos bizantinos), en tomar el barquito hasta Fener y, desde allí, subir hasta el café Pierre Loti. Subimos sudando un camino

enlosetado que acerca al cielo mientras cruza un cementerio. Del librito que compré en la librería que lleva su nombre, y en el que Loti exalta el Estambul de 1890, me interesaron más las fotografías que un texto, panegírico ya cuando se escribió, y cuyo estilo ha envejecido. Magníficas fotos en blanco y negro donde la Istiqlal Cadessi es la Grand Rue de Pera, los embarcaderos rebosan barcos a vapor, veleros y cayucos, y la vista del Cuerno de Oro desde el mismo lugar donde nos encontrábamos (¿pero era realmente el mismo?) transmitía la magia de las composiciones románticas o las pinturas impresionistas.

Almorzamos en uno de los restaurantes al aire libre, apurando el disfrute de una perspectiva a la vez tópica y única, y bajamos luego a la plaza mayor de Eyoup, para tomarnos un postre de naranjas y helados caminando entre las miles de personas que abarrotan la zona.

Como buenos levantinos, los estambulenses adoran pasear y hacer picnic en cada espacio ajardinado (cementérios incluidos) que se les pone a tiro. Un error al tomar el barco nos llevó de nuevo a Usküdar y eso nos permitió comprobar hasta qué punto el negro oleoso de las aguas de Bósforo contrasta con el verde blanquecino, lechoso casi, de las del

mar de Mármara. De regreso, bajamos en el embarcadero de Gálata y, sintiendo ya que nuestro tiempo en la ciudad se acababa, vacilamos entre subir una vez más a Pera o permanecer allí, a ras de agua, disfrutando el tráfago de los ferries, las cambiantes luces del atardecer sobre Suleimaniye, o el incesante y pringoso bullicio en torno a las frituras de pescado.

Para Pilar nada resumía mejor el “alma” de la ciudad que aquél lugar y aquella visión: esa mezcla de tierra y agua, arquitectura y cielo, movimientos y sonidos, aves, colores, olores, máquinas y seres humanos que la caracteriza y la hace única. Pero cuando, como cada día desde que llegamos, ella me preguntó qué significaba Estambul para mí, con que imagen la resumiría, volvió a ponerme en un serio aprieto.

¿Cómo responder a eso? Estambul deriva de la frase griega “eis-tem-polis” cuyo significado es un inconcreto y desafiante “en la ciudad”. ¿Como resumir una urbe con ése nombre? ¿Con las siete colinas coronadas de palacios y mezquitas de la parte antigua que recién comenzaban a iluminarse? ¿Con Gálata y su torre, y las bandadas de gaviotas giróvagas en torno suyo? ¿Con los tranvías abriéndose paso entre la

marea humana y los comercios de la Istiqlal Cadessi? ¿Con las idas y venidas de los barquitos que cruzaban el Bósforo y recorrían sin parar el Cuerno de Oro? ¿Con los perfiles de Sultanahmet, entre Santa Sofía y la Mezquita Azul, y el Hipódromo al fondo? ¿Con Eyoup y sus aires de ciudad provinciana resistiéndose a ser engullida por la gran ciudad? ¿Con Usküdar y su paseo marítimo, su faro y su muelle? ¿Cómo encontrar un denominador común a todo eso y a muchas otras cosas más, vistas, entrevistas o apenas vistas, durante una semana en una ciudad que es una y muchas, en un conglomerado descoyuntado y vibrante, decaído y emprendedor, antiguo y moderno?

De regreso al hotel miré la luna llena amarilla, inmensa, elevándose desde el lado asiático y rielando sobre las aguas del Bósforo, y sentí una rara melancolía, como si aquellos tonos amarillos y negros que envolvían los perfiles de la ciudad y la costa fuesen también los de mi alma. Me vinieron a la memoria los tonos cambiantes de la ciudad con las horas del día y las estaciones del año, su intenso efecto sobre visitantes, escritores y artistas. Y me dije que tal vez Estambul más que una ciudad era, ante todo, un estado de ánimo. “Cualquier cosa que digamos sobre las características generales de una ciudad, sobre su alma o su esencia, acaba

convirtiéndose de forma indirecta en una confesión sobre nuestra vida, y especialmente sobre nuestro estado espiritual. La ciudad no tiene otro centro sino nosotros mismos” afirma Pamuk en las páginas finales de su “Estambul”. Leyéndolo comprendí que hasta qué punto sus habitantes saben desde hace tiempo que esta ciudad es exactamente eso.

Alberto Infante

Octubre 2008